

Desolación en México

Los campesinos del siglo XXI

Sergio Zermeno

Uno de cada cuatro mexicanos vive en poblaciones de menos de 2.500 habitantes. Aparte de legumbres, frutas, flores, camarones y un monto marginal de otros productos primarios, controlados por grandes transnacionales y que no ocupan a más de 10% de esta población ligada al campo, el país no es competitivo en prácticamente ningún renglón agroalimentario. Los mercados del Norte están cerca de la saturación con las exportaciones mexicanas y al borde del derrumbe de precios. En 2003 fueron abolidos los aranceles a las importaciones agropecuarias (excepto la de los granos básicos). El encierro en el autoconsumo es el impacto brutal de esta situación, cuando se prevén nuevas liberaciones arancelarias para los próximos años. La aceleración del desorden social y la migración salvaje, son ya hechos casi asumidos por las autoridades. El cuadro mexicano es una cruda muestra de las virtuales ventajas del ALCA.

I

Países como Japón o Corea, campeones de la mundialización, tienen cerradas sus fronteras a las mercancías que compiten desventajosamente con sus

Sergio Zermeno: profesor-investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México; editorialista del periódico *La Jornada*, México.

Palabras clave: política agrícola, agricultura, comercio exterior, Tlcan, México.

productos agropecuarios, como quedó claro cuando el presidente mexicano Vicente Fox se empeñó, sin éxito, en 2003, en firmar un acuerdo irrestricto de libre comercio con los nipones. Muchos de esos países, sin embargo, inundan la economía global con artículos altamente competitivos. En eso consiste la soberanía, en poder plantear estrategias de avance en donde es posible, y de defensa en donde se es débil.

A pesar de la imagen de una alianza agrícola del Norte (Estados Unidos más Unión Europea) contra los países del Sur que nos han dejado las recientes cumbres de la Organización Mundial del Comercio en Doha y en Cancún, lo cierto es que los mejores argumentos en contra de una liberalización del comercio agropecuario los habían provisto siempre los países europeos frente a los intereses de EEUU. El argumento más contundente contra la división agrícola internacional estuvo dado hasta años muy recientes por la propia UE, desde que ha preferido invertir en los últimos decenios un alto porcentaje de sus presupuestos públicos en subsidios a sus agricultores a sabiendas de que el impacto «negativo» de esta medida ha llegado a ser del orden de 1% del crecimiento anual del PIB (García Mota).

Las asociaciones agrícolas europeas, más allá de parecer una alianza nortea, han mantenido una posición diametralmente opuesta a la de EEUU que obliga al viejo continente a ir urgentemente hacia una apertura comercial total. Al contrario de lo que propugnó la Ronda de Uruguay, los subsidios al sector aumentaron en todo el mundo desde 1990 en proporciones significativas, de las cuales una tercera parte pertenece a los países miembros de la Comunidad Económica Europea (Carrasco Licea/Hernández y Puentes). Las asociaciones agrícolas europeas siempre consideraron que la agricultura significa no solo la producción de alimentos al precio más competitivo posible, sino también, junto con el cuidado de la tierra, la garantía de un aprovisionamiento continuo independiente de las importaciones, frente a posibles cambios de la economía que pudieran devenir en una guerra económica, o en mucho más, a juzgar por la belicosidad con que EEUU ha iniciado este milenio.

Al igual que la UE, Japón, Austria, Corea del Sur y Suiza se han opuesto a la liberación agrícola planteada por los norteamericanos mediante argumentos relacionados con la seguridad alimentaria y, básicamente, el empleo. Es lógico que el viejo continente, que aloja cinco veces más agricultores que EEUU, no vea ningún incentivo en liberar el mercado y tener que echarse a costas un subsidio directo a los ingresos de su importante sector campesino

(para evitar su desbandada), y muy probablemente la caída de la gran riqueza de su tradición culinaria. Así pues, no obstante su elevado costo esta agricultura permitió a millones de campesinos una integración a formas modernas de producción y de consumo evitando que se convirtieran en factor de atraso y de dualismo estructural. Si Europa tiene un porcentaje poblacional ligado al campo 5 veces más grande que EEUU, México lo tiene 15 veces mayor, desde el momento en que viven en los conglomerados de hasta 2.500 habitantes uno de cada cuatro mexicanos. Pero claro está, estas políticas que defienden la salud de lo social en los países centrales, repercuten de manera muy negativa en los países en vías de desarrollo: según el Instituto Internacional de Estudios de Políticas Alimenticias, el dúpung que representan los subsidios agrícolas de los países ricos a sus agricultores acarrea pérdidas por cerca de 24.000 millones de dólares (mdd) al año en los países en desarrollo, y la UE es el principal responsable. Si se eliminaran esos subsidios, los países del Sur triplicarían sus exportaciones agrícolas hasta alcanzar 60.000 mdd según cálculos de este estudio (*La Jornada*, 27/8/03).

México es competitivo en hortalizas, frutas y flores, de las que exporta por año 2.600 mdd (50% de las exportaciones agropecuarias), aunque en las más importantes empresas agroexportadoras (Dole, Chiquita, Fisher, Del Monte), no participan capitales nacionales o lo hacen minoritariamente (Quintana 2002a). Sin embargo es importante tener en cuenta, como afirma desde hace mucho tiempo José Luis Calva (p. 19) que

ni siquiera la décima parte de la superficie que perdamos de cultivos básicos podría canalizarse a la siembra de hortalizas y frutales para la exportación a EEUU. Los mercados para estos productos no son ilimitados. Nosotros cubríamos ya en el decenio pasado, el 70% de las importaciones estadounidenses de hortalizas. Si aumentáramos considerablemente nuestra oferta de mercancías agrícolas exportables bien pudiera ocurrir un desplome de los precios en el mercado norteamericano.¹

El país no es competitivo, sin embargo, en casi ningún otro renglón agroalimentario. ¿Entonces, por qué lleva adelante acuerdos comerciales de fronteras abiertas para todos los productos, como es el caso del Tlcán? Ténganse en cuenta además los siguientes elementos: cada hectárea de maíz rinde 2,2 toneladas, contra 8,2 en EEUU; los subsidios agrícolas anuales son

1. Es algo que ya vivieron dolorosamente los africanos: «seducidos por la Comunidad Económica Europea, que les ofreció granos baratos con créditos 'blandos' e incluso granos regalados (ayuda alimentaria), varios países africanos se dedicaron a producir cultivos de exportación y a desatender de manera drástica su producción de alimentos para el consumo interno, hasta casi hacerla desaparecer. Sobrevino entonces un desplome brutal de los precios internacionales de sus productos exportables (cacao, cacahuate, banano, etc.) y los países se vieron entrapados sin alimentos producidos localmente y sin recursos para importarlos» (Calva).

de 3.500 mdd aquí, contra 20.000 mdd en EEUU; nuestros fertilizantes, electricidad, diesel y gas tienen costos superiores de hasta 60%; y el gobierno mexicano promueve el dúpning contra sus propios productores al no cobrar aranceles por la entrada de maíz que excede las cuotas de importación por un total de 1.300 mdd entre 1995 y 2000, y de 429 mdd de 2000 a 2002. Esto ocurre mientras los productores mexicanos de granos básicos y de otros bienes agrícolas tienen sus bodegas colmadas sin esperanzas de venta, o simplemente no los cosechan ante el derrumbe de precios. El resultado ha sido la caída de las cotizaciones de los productos básicos de nuestra agricultura: entre 1995 y 1999, a precios reales, el maíz y el trigo han bajado 45%, y el sorgo 55% (el frijol, 40% de 1990 a 1999), mientras que las semillas y el fertilizante aumentaban entre 50% y 60%².

Cínicamente podríamos decir que si tan barato resulta producir los granos básicos en EEUU, lo mejor sería traerlos de allá, pagándolos con una parte del petróleo que les vendemos. Pero esto no funciona así, pues EEUU no subsidia a sus agricultores para alimentar el mundo. Si bien es cierto que México compra 47% de los alimentos que consume, solo una cuarta parte del maíz necesario es importada. Como en tantos otros productos, pero particularmente en los granos básicos, esos bajos precios subsidiados solo tienen como objetivo influir, a su vez, en el abatimiento de los precios de los productos ofrecidos por pequeños y medianos agricultores locales³. Así, las grandes empresas, en su mayoría extranjeras, procesadoras de productos básicos para el mercado interno mexicano (Anderson Clayton, Cargill, Pilgrims Pride, Maseca, Bachoco, Purina, Bimbo, Nestlé, Sabritas, etc.), compran a los productores mexicanos el maíz, el sorgo, el trigo, el frijol, etc., a precios deprimidos, mientras venden sus productos, después de un procesamiento no tan elaborado técnicamente, a precios cada vez más elevados: en tanto a precios reales el maíz cayó 45% en cinco años, el costo de la tortilla (75% del consumo de calorías de 45 millones de pobres), ha pasado de 1,90 pesos por kilo en 1998 a 3,50 en 1999, y a 5,50 en 2003⁴. Al lado de esto, son esas empresas las que acaparan entre 60% y 80% de los recursos destinados al campo por el gobierno mexicano, potenciando además sus ganancias al trabajar en red con las grandes cadenas transnacionales de comercio al menudeo (Wal Mart, Cotsco, Sam's Club, Auchan, Carrefour) que antes se encontraban en manos mexicanas, modificando los patrones de consumo⁵.

2. *La soberanía económica de México en riesgo*, Comisión de Desarrollo Rural de la Cámara de Diputados, cit. en *La Jornada*, 28/11/02; v. tb., «El campo en cifras» en *Masiosare*, suplemento de *La Jornada*, 12/1/03.

3. Sobre este tema, v. el excelente libro de Blanca Rubio.

4. V. *La Jornada*, 11/2/03; y Rubio.

Las agroindustrias de exportación ganan y las grandes empresas orientadas al mercado interior también. En cambio los productores medianos y pequeños pierden. El campesinado emigra o se acantona en el autoconsumo de subsistencia con ventas poco favorables de sus excedentes, en ese medio en el que de todas maneras 8 de cada 10 personas viven en la pobreza y 2 de cada 3 en la extrema pobreza.

//

En enero de 2003 fueron suspendidos los aranceles de 40 productos agropecuarios. A partir de eso podemos hacer un balance acerca del punto que aquí nos interesa, que es el de la gente y el de su calidad de vida. Hasta antes de esta fecha, Schwentesius y Gómez, calculaban que el número de empleos perdidos en el campo desde la entrada en vigencia del Tlcan era de 1.800.000; si tomamos en cuenta que la población económicamente activa de 25 millones de personas que viven en ciudades de menos de 2.500, es de 6.500.000, podríamos concluir que en los últimos 10 años se ha perdido 1 de cada 4 empleos en el campo, pero a partir de 2003 el problema comenzó a tener dimensiones dramáticas, pues con excepción del maíz, el frijol y la leche en polvo, que quedarán libres de aranceles en 2008, el resto de los productos fueron liberados⁶.

Desde el ángulo de la macroeconomía, de la globalización y de las ventajas comparativas, doblar los apoyos al campo en un mercado abierto, haciéndolos pasar de 4.000 a 8.000 mdd (algo superior a 1% del PIB), es una tontería y un desperdicio de recursos: «cuántas veces más habremos de escuchar lamentaciones, les reclamaba el secretario de Agricultura a las organizaciones campesinas el 6 de enero de 2003», al tiempo que una semana más tarde el secretario de Economía, Fernando Canales Clariond, explicaba a los mismos interlocutores que «los campesinos tendrían que reconvertirse en trabajadores de industria o en verdaderos empresarios, particularmente los productores pobres de maíz y de frijol» (*Reforma*, 22/1/03). Lo que dejaron en claro estos personajes hablando a nombre del régimen, fue que en la perspectiva de la economía abierta no vale la pena esforzarse por mejorar unos productos que se pueden importar a bajos precios aprovechando los altísimos subsidios

5. Luis Hernández Navarro: «La guerra de los alimentos» en *La Jornada*, 22/10/02.

6. Los siguientes casos sufrirán los impactos más severos: grasa animal (se elimina 53% de los aranceles); papa (51%); pollo, pasta de ave y trozos de pavo (49%); malta (33%); pavo entero (25%); cebada (24%); huevo (10%). Sufrirán impactos importantes, igualmente, el resto de los productos avícolas, porcícolas, lácteos, cebada, malta, arroz, trigo, manzana, café soluble, cigarrillos, etc. (v. «El campo en cifras», ob. cit.).

que reciben en sus países de origen. Más vale que los tres millones de productores de granos básicos, el medio millón de cafetaleros, los 800.000 criadores de distintos animales, los 150.000 cañeros, y en general los 25 millones de mexicanos ligados al campo demuestren su competitividad o tiren la toalla y la yunta y emigren (o, en fin, se refugien en el autoconsumo y en el localismo).

Desde la perspectiva de la economía globalizada ese frío realismo resulta muy conveniente: se engrosarán rápidamente los cuatro millones de jornaleros con salarios cada vez más deprimidos, recorriendo los cultivos de agroexportación del norte y occidente del país, mejorándose así la competitividad de aquellos productos primarios capaces de sobrevivir en el mercado abierto. Hay que subrayar que además del empobrecimiento y la marginación crecientes a que se verán relegados estos sectores mayoritarios del campesinado, importantes tendencias ya se manifiestan en detrimento de su identidad colectiva y de su equilibrio societal: la más importante de ellas es la «precarización», pues en la medida en que no se derrumba la estructura tradicional para dejar lugar nada más a empleadores y empleados (asunto que ignora el secretario de Economía), y en la medida en que la agricultura tradicional está muy lejos de la autosuficiencia, los campesinos se desplazan enormes distancias según los ciclos agrícolas de las frutas, las hortalizas, las flores y también la construcción urbana, pero regresan a sembrar sus tierras al inicio de las lluvias y luego a la cosecha. Sin embargo lo novedoso del fenómeno del trabajo eventual en el agro es la magnitud que ha cobrado al comparársele con el empleo de planta: entre 70% y 90% de la mano de obra en Brasil, cerca de 80% en México, 70% en Chile, etc. (Carton de Grammont), y la importancia de la mano de obra femenina e infantil en la búsqueda por reducir costos y elevar la competitividad. Muchos empresarios concuerdan en que el trabajo femenino es el más eficiente en labores de trasplante, cosecha y empaque, así como que mujeres y niños se encuentran subpagados respecto a los hombres en 30% o 40%, por lo que desde hace varios años la mitad de los trabajadores eventuales en la agricultura mexicana son mujeres, a quienes se encuentra con facilidad desplazándose en cuadrillas por el territorio (Carton de Grammont).

Así, junto a la precarización hay que destacar la segmentación del mercado de trabajo, lo que viene a modificar profundamente la idea de que en el campo los peones forman una masa uniforme. La mano de obra se diferencia cada vez más no solo por la especificidad de los trabajos ejecutados sino por el tipo de trabajador que se busca conformar: ser hombre, mujer o niño no es indiferente, basta recordar el sexismo contra las mujeres y el racismo contra

los indígenas. En resumen, dice Carton de Grammont, existe un gran «entrecruzamiento de itinerarios de trabajo que limita a los trabajadores la posibilidad de reconocerse a ellos mismos como un grupo social específico».

///

Junto con todo esto, y acaso más importante para los economistas de la globalización, se encuentra el dato de que muy probablemente seremos capaces de doblar, en operación hormiga, el número de nuestros compatriotas trabajando del otro lado, haciéndolos llegar a 12 o 15 millones. Esto sería el gran negocio para la macroeconomía, porque si ya hoy las remesas que envían a México alcanzan por año 12.000 mdd (el verdadero programa de apoyo a la pobreza), ¿podríamos imaginar el doble de esos recursos perfectamente distribuidos en pueblos habitados por viejos y niños, y en el medio popular de nuestras grandes ciudades? Se aliviaría igualmente el presupuesto público y se aligerarían los impuestos manteniendo bajísimos los subsidios del agro o haciéndolos desaparecer de plano (por lo demás, este goteo es reforzado por una parte de los 15.000 mdd que, se calcula gruesamente, conforman los circuitos del narcotráfico). La cifra de 20.000 mdd es más o menos el doble de lo que México exporta anualmente en petróleo; y equivale también a todos los salarios pagados en la industria maquiladora (que ocupa a cuatro de cada seis mexicanos en la manufactura). Algún fundamento deben tener estos cálculos desde que Rodolfo Tuirán, subsecretario de Desarrollo Urbano y Ordenación del Territorio, de la Secretaría de Desarrollo Social, apuntaba que los mexicanos en EEUU podrían pasar de 9 a 18 millones «si no se produce una mejoría en sus condiciones de vida» (*Reforma*, 16/10/02). A su vez, el Departamento de Agricultura de EEUU considera que sólo por la eliminación de las barreras arancelarias este año se incrementará en ocho millones el número de pobres en México⁷. Detrás de las apariencias diplomáticas y acuerdos migratorios un realismo cínico se adivina en las consideraciones de los planificadores de nuestra economía: «que se hagan bolas en el país del norte para detener a los migrantes son los costos que el funcionamiento del modelo tiene que afrontar».

La anterior es la inhumana visión, concentrada en el corto plazo, de muchos de los economistas que dirigen a México y de muchos de los encargados de la política, particularmente de Usabiaga, Derbez y del propio presidente Fox. Es una visión empresarial, no cabe duda. Cuánta distancia hay entre esa estrate-

7. «El campo en cifras», ob. cit.

gia y la que nos comunicaba, durante su visita a México en enero de 2003, el primer ministro de Irlanda: «durante los ochentas la emigración irlandesa hacia Gran Bretaña y EEUU se estaba llevando a todos nuestros jóvenes... Trece años más tarde hemos revertido la tendencia... Los países con alta emigración pierden el pulso vital de su sociedad y corren el riesgo de paralizarse» (*Reforma*, 17/1/03).

IV

Frente a tal estrategia, está la visión alternativa de otros analistas agrarios y ecologistas. Según ellos, hablar de autoconsumo no es hacer referencia a algo marginal. Como aclara Bartra, «nueve de cada diez agricultores son, en mayor o menor medida autoconsuntivos, y de éstos sólo cuatro concurren además al mercado con algunos excedentes o con parte de su producción correspondiente a materias primas (café, caña de azúcar, tabaco, copra, etcétera), lo que significa que nuestra agricultura produce más subsistencia que cosechas comerciales». A partir de lo anterior, habría otra manera de pensar en la masa campesina, como desde hace mucho tiempo ha insistido Víctor Toledo (1990, p. 32): la agricultura mecanizada utiliza de 30 a 100 veces más energía para producir una hectárea de maíz respecto a los sistemas tradicionales y, además, dado que su rendimiento es sólo de 3 a 5 veces mayor, el coeficiente de eficiencia energética por lo general es superior en los sistemas campesinos. Hoy se ha demostrado, agrega Toledo, que

el típico policultivo mesoamericano a base de maíz-frijol-calabaza (sistemas agroforestales e integración de agricultura y ganadería con esquilmos y estiércoles), resulta más productivo que el monocultivo convencional... Las aborrecidas «malas yerbas» que por lo común acompañan a la parcela tradicional de maíz, resulta que ahora son parte sustancial de los mecanismos de control biológico (o integrado) por medio del cual el campesino evita plagas y enfermedades, pues estas plantas diseminan en el aire sustancias tóxicas para los agentes nocivos... (Sin embargo) la falta de investigación, apoyo técnico y crédito nunca permitieron la *evolución moderna* y el perfeccionamiento de un estilo de agricultura que de entrada se consideró como un obstáculo al que había que vencer y que hoy, cuando los especialistas norteamericanos discuten con detalle lo que ellos consideran el modelo más adecuado para la agricultura del futuro, uno no sabe si están proponiendo un diseño avanzado de agricultura alternativa o simplemente describen una parcela campesina de México... La política gubernamental se equivoca, entonces, al elegir un camino que en unos cuantos años terminará ofreciendo una producción obsoleta a los mercados (del Primer Mundo) que supuestamente desea abastecer.

Es por todo lo anterior que varios estudiosos de la cuestión agraria consideran que si aún es posible alguna alternativa ante la globalización y la apertura, esta consiste en la reconstrucción y fortalecimiento económico, social, cultural y político de las unidades de producción campesinas en tanto espacios de contrapoder que puedan recrear, a pesar de sus desigualdades internas, cadenas de solidaridad con base en acciones cotidianas, en busca de

una mayor estabilidad social, alguna forma de autosuficiencia alimentaria, etc. (Martínez et al.), en fin, que logren cierta continuidad en la acción colectiva partiendo del fortalecimiento de espacios territoriales medios circunscritos a la región, al municipio, a la comunidad, al ejido (podríamos llamarlo densificación de la sociedad).

Sin embargo la pregunta se mantiene: ¿por qué el gobierno mexicano no defiende, ante estas evidencias, la calidad de vida de esa cuarta parte de los mexicanos que están ligados de alguna manera al sector primario de nuestra economía? El Servicio de Investigación y Análisis de la Cámara de Diputados señaló el 4 de enero de 2003: «si el gobierno mexicano decidiera renegociar el apartado agrícola del TLC, EEUU podría argumentar violación grave al acuerdo comercial, incrementándose el riesgo-país con la consecuente reducción de flujos de inversión extranjera y salida de capitales... ». Para los gobiernos dependientes en estas condiciones, particularmente el de Fox, es preferible pagar el precio del descrédito interno que la deslegitimidad fulminante de un escenario a la argentina.

Las protestas campesinas por la desaparición de aranceles al inicio de 2003 exigieron la renegociación del capítulo agropecuario del Tlcan, y de ahí surgieron unas mesas de negociación. De Ita, al hacer el balance del Acuerdo Nacional para el Campo que de ahí resultó, afirma:

El documento cancela las demandas campesinas originales de revisión y renegociación del capítulo agropecuario, la de exclusión definitiva del maíz y del frijol del proceso de liberalización comercial del Tlcan, y la de reintroducción de restricciones cuantitativas (aranceles-cuota) a las importaciones de los productos de las cadenas agropecuarias básicas y estratégicas para la seguridad y soberanía alimentaria. ... En su lugar el texto plantea que el Gobierno, ahora sí, aplicará todos los mecanismos de defensa establecidos en las leyes y en el propio Tlcan, que deberían haberse utilizado desde los nueve años previos. Pero esta promesa suena hueca o tramposa: para todos los productos agropecuarios, excepto maíz, frijol y leche en polvo, no existe ninguna protección arancelaria a partir de este año.

Esto demuestra que el problema agrario y campesino de México no es económico sino fundamentalmente político; es de falta de voluntad del Estado para aliarse a los actores sociales y pensar en la solución de sus problemas. Sólo después se trata de cuestiones de competitividad y de oportunidades comparativas.

V

Producción y balanza agroalimentaria. Habíamos dicho que México es competitivo en hortalizas, frutas y flores, que constituyen 50% de las exportaciones

agropecuarias (3.500 mdd)⁸. Éstas, junto a los productos campeones de nuestras ventas agroalimentarias al exterior, como cerveza (900 mdd), camarones (900 mdd)⁹ y tequila (350 mdd), representaron en 2002 más de 75% de las exportaciones en el sector primario. Las ventas agroalimentarias totales en 2002 fueron de 7.600 mdd. Las empresas que controlaron la agroindustria de exportación en lo referente a hortalizas, frutas y flores fueron mayoritariamente industrias de capital transnacional: Dole, Chiquita, Fisher, Del Monte (Quintana 2002b).

A diferencia de los viejos cultivos de exportación, las actuales empresas agroexportadoras utilizan mano de obra reducida, alrededor de 100.000 trabajadores temporales (Molina Ramírez), ocupando un área también muy pequeña: 2 millones de hectáreas contra 27 millones del maíz (Rubio). Con respecto al derrame salarial, el impacto es muy reducido, porque no se está formando, ni con mucho, un agregado poblacional asalariado que sea capaz, a partir de su ingreso, de levantar el nivel de vida de sus familias. Al lado de esto, estamos hablando de un alto porcentaje de trabajadores migrantes, jornaleros sin derechos laborales ni de ninguna otra especie (Carton de Grammont), que pasan de una plantación estacional a la siguiente, sin arraigo, sin posibilidades organizativas, con muy pocos derechos, es decir, «pedacería social», como imagen contrapuesta a la búsqueda de empoderamiento y densificación.

En 2002, las importaciones agroalimentarias fueron de 10.395 mdd, que compulsadas con los 7.600 mdd de las exportaciones generaron un déficit de 2.800 mdd. Pero eso no es lo más relevante, pues a final de cuentas los artículos importados son parte de la riqueza de un país, que se derrama de alguna manera al resto de la economía. Lo que sí es importante desde el punto de vista del bienestar de la población es la densificación o dilución que estos bienes provocan en nuestro cuerpo social. Veíamos que el derrame es muy bajo por el lado de los salarios, pero mucho más contundente que eso es el debilitamiento y la quiebra de las empresas agroalimentarias, desde las pequeñas granjas hasta las unidades productivas de mayor tamaño que no logran competir con los cultivos de importación producidos con altos niveles técnicos y que son ampliamente subsidiados. Es difícil ilustrar el tamaño y la cantidad de estas unidades agroalimentarias, pero el número de trabajadores

8. Tomates: 450 mdd; pimiento morrón: 260 mdd; uva fresca: 200 mdd; pepinos y pepinillos: 148 mdd; calabazas: 132 mdd; legumbres y hortalizas congeladas y al vapor: 125 mdd; cebollas: 96 mdd; guayabas y mangos: 81 mdd. (Secretaría de Economía y Departamento de Análisis, en *Reforma*, 14/2/03).

9. Dato tomado de Rosa Elvira Vargas, en *La Jornada*, 31/12/02, p. 10.

que dependen de los distintos productos que están siendo afectados por las importaciones primarias, y que lo estarán severamente debido a la caída a cero de los aranceles a partir de 2003, nos da una idea de la destrucción de empresas y empleos en el pasado y el porvenir inmediatos.

VI

Dejando de lado los granos básicos, donde como vimos, 80% de los productores se acantonará aún más en microunidades de autoconsumo, los renglones siguientes, fuertemente afectados por la competencia externa o la caída de los precios, dan una idea de la profunda alteración del tejido social, la atomización, la dilución y la anomia ocurridas entre los productores primarios en los años del Tlcan y en los que se avecinan.

El café. Si al México maicero están ligados entre 10 y 15 millones de compatriotas, el producto que le sigue es el café, con 450.000 productores, involucrando a aproximadamente tres millones de personas. Este es un ejemplo central, porque la producción cafetalera tiene como característica principal contar, en un porcentaje muy alto, con pequeñas y medianas unidades productivas que están directamente ligadas a la vida de las familias a través de colectivos ejidales y pequeños productores; 280.000 unidades agrícolas, 90% con menos de cinco hectáreas, aportan la mitad de la producción nacional (Molina Ramírez). La caída de los precios internacionales de este producto, combinada con una apertura indiscriminada a la importación de café soluble bajo el control de grandes transnacionales, como Nestlé, provocó una severa baja en la producción, de 5,5 millones de sacos a 4,2 millones en 2002 (*La Jornada*, 24/11/02). Los precios han llegado a ser tan bajos que en ciertas regiones se ha tomado la decisión de no invertir ni cosechar el aromático.

La carne. Otro producto alimentario del que depende un amplio universo de trabajadores así como de pequeños, medianos y grandes productores nacionales (entre 500.000 y 600.000, involucrando alrededor de tres millones de personas), es el de la carne de res (300.000), de puerco (200.000), de pollo, de pavo y de huevos (50.000). Desde 1996 las importaciones de carne de bovino (en canal) se incrementaron en 300%, haciendo pasar de 17% a 37% el consumo nacional proveniente del exterior (Molina Ramírez). Al mismo tiempo que el precio de la carne entre 1995 y 1997 cayó de 18 a 12 pesos, el volumen importado pasó de 30.000 a 120.000 toneladas. Y es que producir un kilo de carne en EEUU cuesta la mitad de lo que cuesta en México, en la medida en que las dos terceras partes de las inversiones en este rubro se relacionan con

el alimento del ganado (el maíz, la soya y otros insumos cuestan en EEUU la mitad de lo que en México [Rivera]).

En la porcicultura los datos son contundentes: «la carne importada de manera legal cuesta nueve pesos el kilo, mientras que la producida en el país cuesta 23 pesos» (Martínez Elorriaga et al.). La desaparición de los aranceles en 2003 ha sido contundente: al comparar las importaciones de carne de puerco en enero de ese año con las del mismo mes del año anterior, constatamos que el aumento ha sido de 325%. La consolidación de esa tendencia significaría la quiebra para las más importantes regiones porcícolas como el Bajío: «en la actualidad, ya se extinguieron las granjas familiares y sólo quedan unas 30 empresas entre grandes y medianas, en la zona de La Piedad, Michoacán. En Guanajuato, la Unión de Productores Porcícolas advierte que quienes producen más de 20 cabezas de cerdo no pasan de los 2.500 y aquellos que no están en este rango enfrentan el dilema de la sobrevivencia como pequeños productores» (ibíd.).

Como ha explicado Rubio, los bajísimos precios de la mayoría de los productos agroalimentarios importados se explican por las características de una producción altamente tecnificada y por los elevados subsidios a los productores norteamericanos; por lo mismo, una vez barrido el terreno de la competencia en un país como México y erradicados los productores nacionales, podremos dar por segura la elevación de los precios de muchísimos de esos productos. El pollo, el pavo y sus derivados en pasta, tenían un arancel de 50% hasta fin de 2002; considerando que el costo de producirlos en México es de 1,20 dólares contra 60 centavos en EEUU, podemos entender que se encuentren en peligro los 30.000 o 50.000 empleos ligados a esta actividad, así como las familias y la población que gravitan en su entorno (Quintana 2002b). Los aranceles al pollo en 2000 eran de 98%, en 2002 bajaron a 49%, y en 2003 a cero; ello explica que para 2002 los productores se hayan reducido de 3.500 a 800 (Molina Ramírez).

Cereales. Lo mismo ha sucedido con el arroz, que en los últimos 15 años redujo en 75% el número de productores y trabajadores ligados a este cultivo, haciéndolos pasar de 25.000 a sólo 6.000. En 2002, 75% del consumo de arroz fue importado de EEUU (*Reforma*, 22/10/02). Pero aquí también el mecanismo es transparente, pues el costo de la producción de arroz en EEUU es de 210-220 dólares por tonelada mientras que, gracias a los subsidios, llega a los molinos mexicanos a 130 dólares (ibíd.). En lo que se refiere al trigo, nuestras importaciones de Norteamérica aumentaron en 48% entre 1998 y 2002. Los

otros dos productos en los que las compras han aumentado enormemente, con una mecánica y unas implicaciones más o menos similares, son el sorgo y la soya (cerca de una cuarta parte de la balanza agrícola, sumados ambos).

No es este el lugar para enumerar exhaustivamente los efectos disolventes que sobre nuestra densidad social genera el comercio exterior en una economía abierta. Recordemos solamente el impacto crítico que se ha generado sobre los 150.000 cañeros, al ser sustituidos los endulzantes para refrescos y otros productos industriales por la alta fructuosa (un derivado del maíz amarillo, producido en su mayoría a partir de granos transgénicos), y cuya producción tecnificada, gracias a los subsidios, logra colocarse a precios muy por debajo de cualquier competencia. Otro ejemplo, el de la papa, que entre 1995 y 1999 prácticamente duplicó las importaciones (llegando a 16 mdd), en una progresión que obligó al gobierno mexicano a prohibir la entrada de papas frescas aduciendo razones fitosanitarias. Se incrementaron entonces a gran velocidad las importaciones de sustitutos industrializados de la papa como gránulos, copos y «pellets», de gran demanda en las cadenas de comida rápida donde se alimentan las clases medias (Sagarpa y *Reforma*, 21/10/02). En lo que hace al tabaco, entre 1994 y 2002, cayó en 75% el área cultivada en nuestro país, al tiempo que las importaciones crecían en 83%, pasando de 15 mdd a 28 mdd (las importaciones de cigarros crecieron 300% en ese periodo, alcanzando 8 mdd). Con esto se ha puesto en entredicho la viabilidad de 5.000 productores que dependen directamente del cultivo (Secretaría de Economía y *Reforma*, 24/10/02).

VII

Resumiendo, en 2002 ya dependíamos de las importaciones en 48% para integrar nuestra canasta agroalimentaria, unos 10.000 mdd; el equivalente aproximado a lo que los emigrados mexicanos envían a sus familias por concepto de remesas. Pero se calcula que en los años venideros la dependencia se incrementará aceleradamente debido a las caídas arancelarias de 2003 y 2007, cuando los granos básicos puedan entrar al país sin impuesto alguno. Molina Ramírez pronostica que en menos de cinco años la dependencia alimentaria de México será de 70%. Sea como sea, hoy en día esas importaciones representan la mitad de la producción agropecuaria del país, que según Rodolfo Tuirán, equivale a 4,2% del PIB: unos 20.000 mdd. Esa es nuestra riqueza efectiva derivada del sector primario, sin perder de vista que 3.410 mdd constituyeron el déficit agropecuario con el exterior en 2002 y 14.000 mdd el déficit en casi 10 años de funcionamiento del Tlcan (Pérez).

Bibliografía

- Bartra, Armando: «Un campo que no aguanta más» en *La Jornada*, 14/12/02.
- Calva, José Luis: en *La Jornada*, 16/11/91.
- Carrasco Licea, Rosalba y Francisco Hernández y Puente: «El GATT: una oportunidad que se aleja» en *La Jornada*, 5/8/91.
- Carton de Grammont, Hubert: «El mercado de trabajo en el campo: unas reflexiones a partir de la lectura del libro *Portraits de Bahia*, de Hélène Rivière d'Arc» en *Revista Mexicana de Sociología* N° 2, 1991.
- De Ita, Ana: «El mito del eterno retorno» en *La Jornada*, 22/4/03.
- García Mota, Víctor: «La globalización de la economía, el caso de México, sector primario», 1990, mimeo.
- Martínez Elorriaga, Ernesto, Luis Boffil, Martín Diego y Cristóbal García: «El campo ante el Tlcan» en *La Jornada*, 4/1/03.
- Martínez, Esthela, Luciano Concheiro, Luis Arturo García, Beatriz Canabal y Arturo León: «Reorganización del capital: Estado y campesinos en México» en Arturo Anguiano (comp.): *La modernización de México*, UAM-Xochimilco, México, 1990.
- Molina Ramírez, Tania: «El campo en cifras» en *Masiosare*, suplemento de *La Jornada*, 12/1/03.
- Pérez, Matilde: «Entre blindajes y cifras alegres, el campo sigue en espera de resultados» en *La Jornada*, 1/9/03.
- Quintana, Víctor: «Saldos del Tlcan» en *La Jornada*, 31/12/02a.
- Quintana, Víctor: «SOS rural al Legislativo» en *La Jornada*, 23/10/02b.
- Rivera, María: «El campo ante el Tlcan» en *La Jornada*, 4/1/03.
- Rubio, Blanca: *Explotados y excluidos*, México, Plaza y Valdés, 2001.
- Schwentenius, Rita y Manuel Ángel Gómez: *Situación del campo mexicano*, Universidad Autónoma de Chapingo, 2002.
- Toledo, Víctor Manuel: «Modernización y reconversión ecológica» en *La Jornada Semanal*, 18/11/90.
- Toledo, Víctor Manuel: «El enigma de Johannesburg, ¿cuál desarrollo sustentable?» en *La Jornada*, 2/10/02.
- Tuirán, Rodolfo: «Reconversión, única opción para el campo» en *Reforma*, 16/10/02.